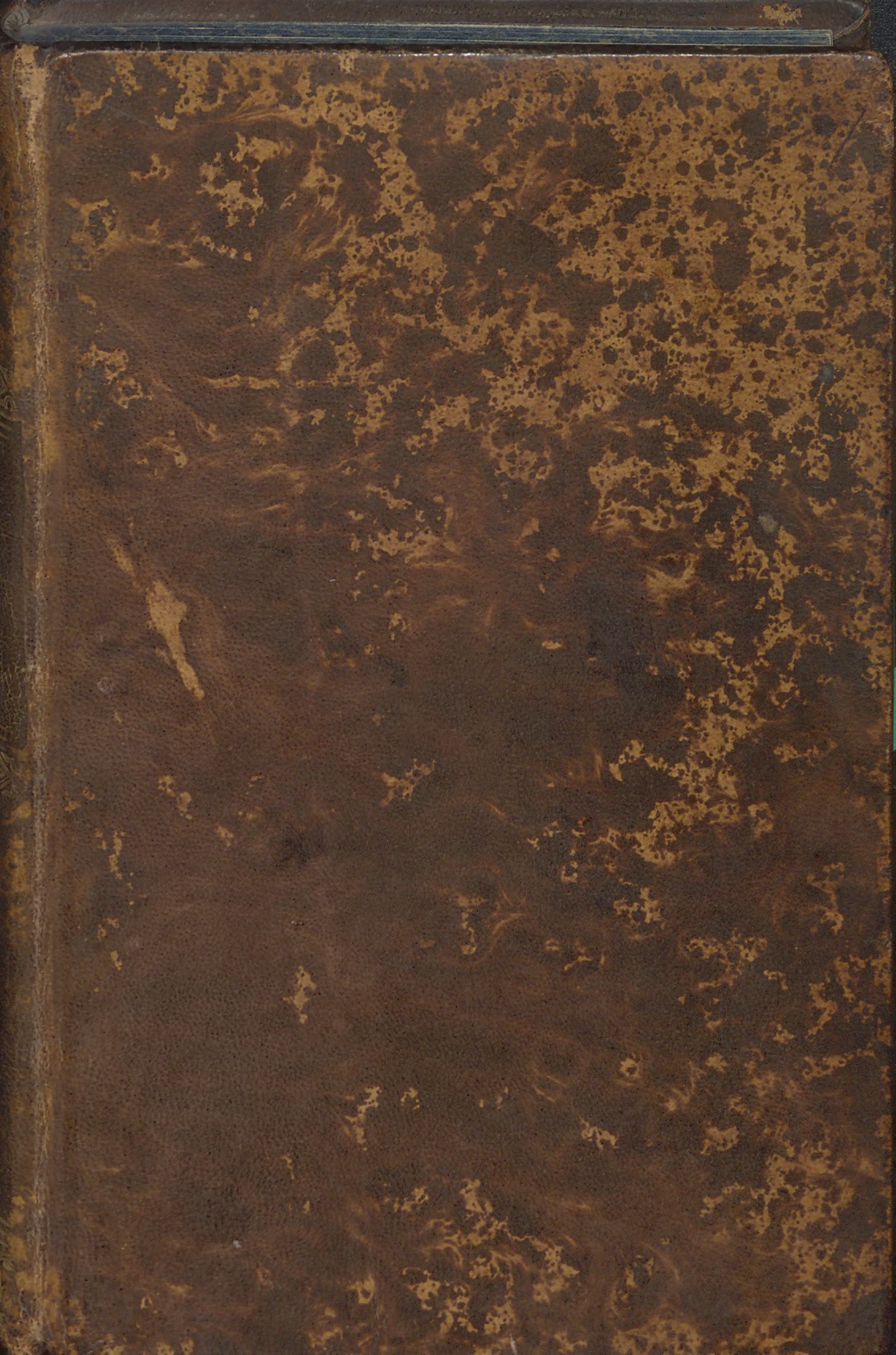
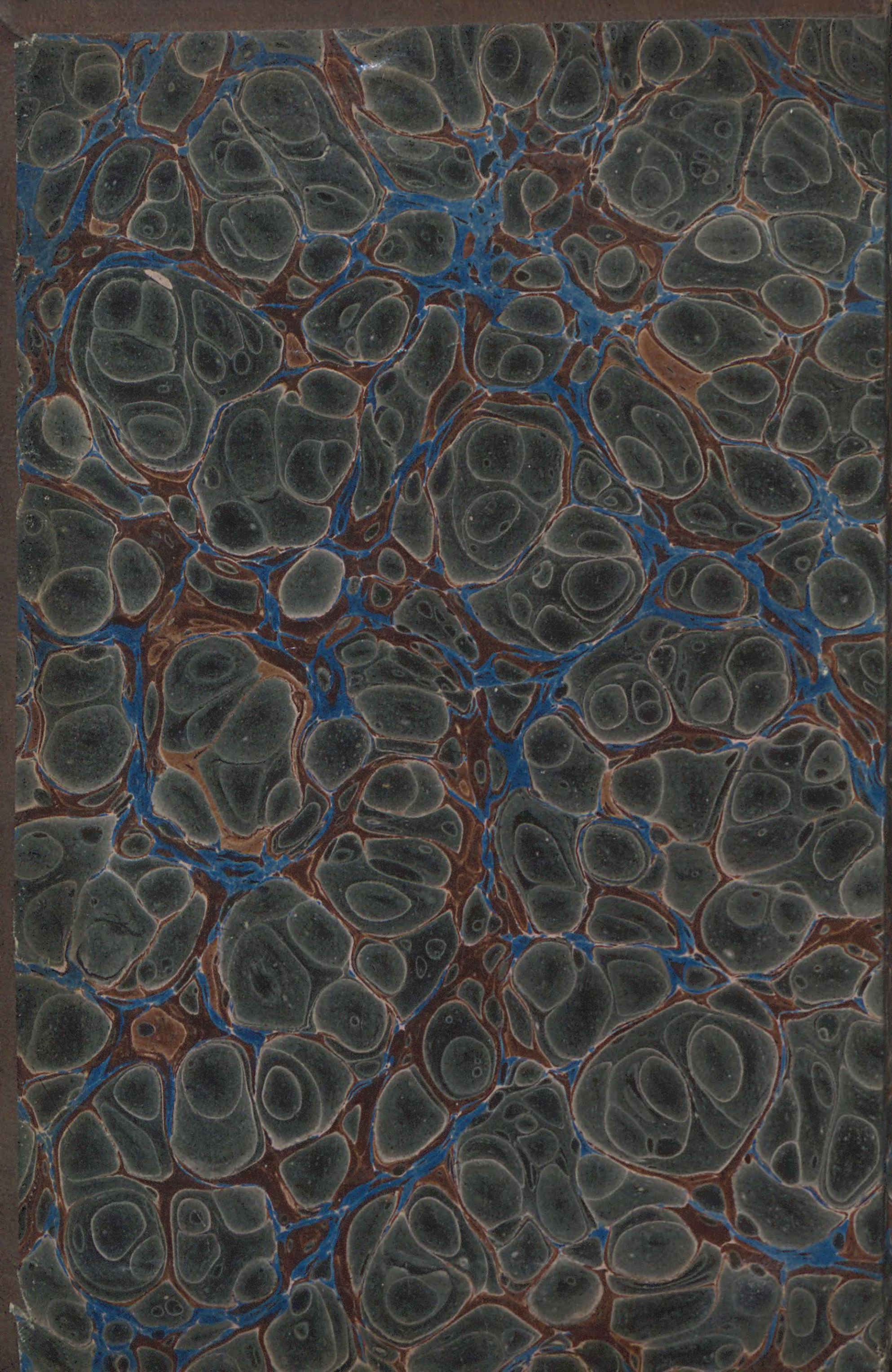
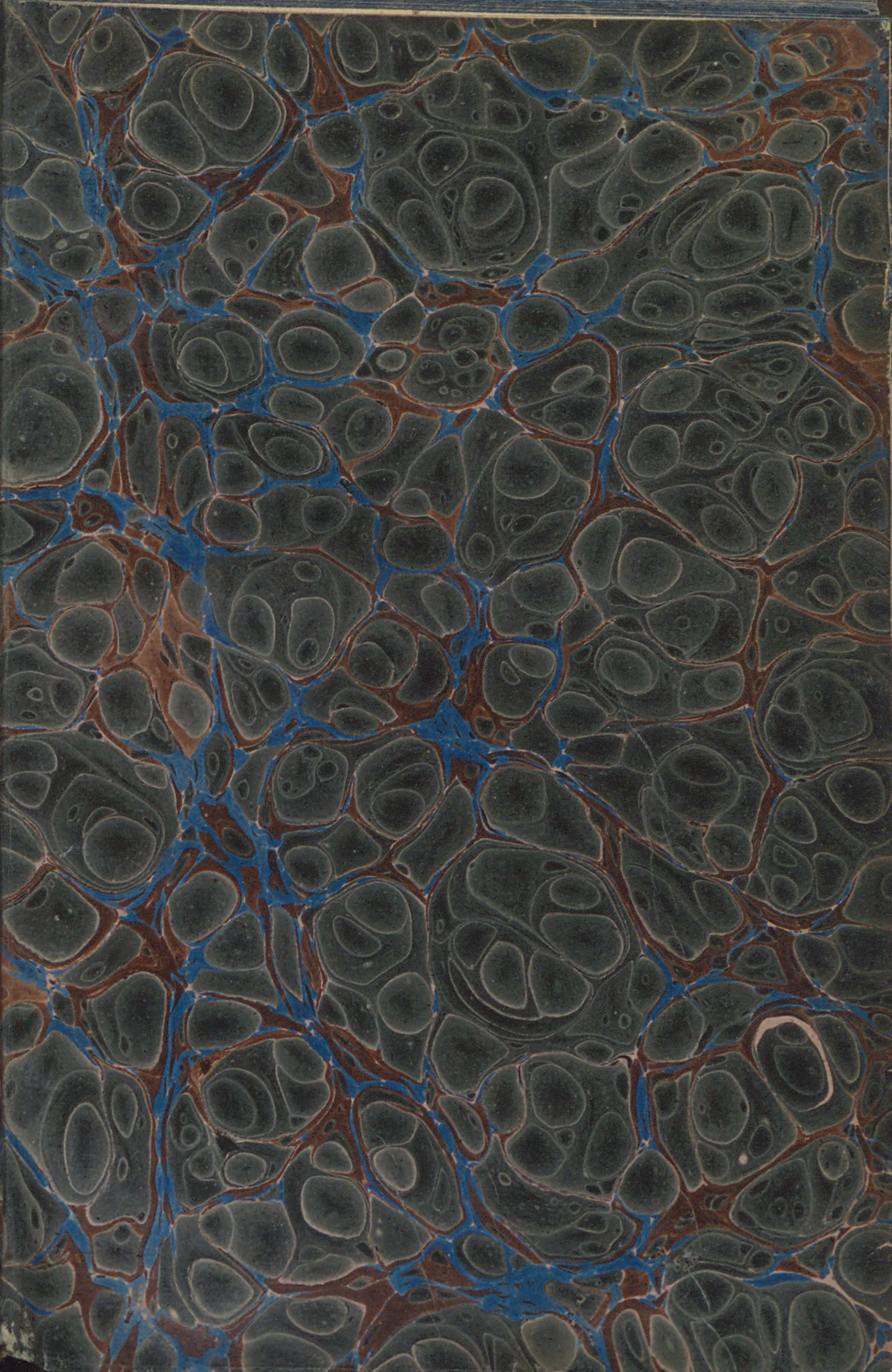






Indice.

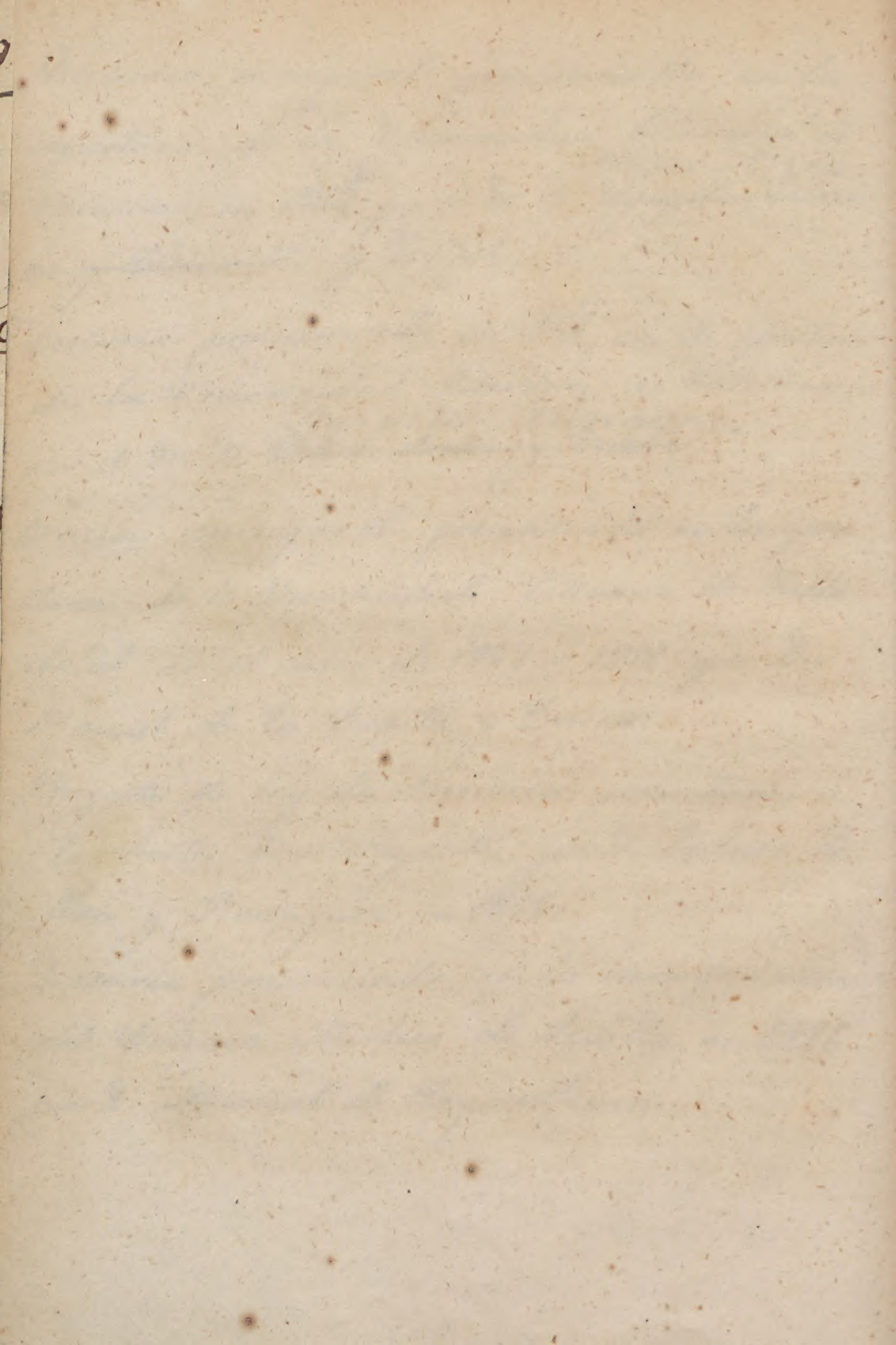
9 Discurso inaugural pronunciado en la apertura de la Universidad literaria de Valencia en 1855 por el Dr. D. ~~Agapito Zuria-ga y Clemente~~ Pedro. Arnó: y Teruel.

10 Discurso pronunciado en 1857, en la apertura de la Universidad literaria de Valencia, por el Dr. D. ~~Pedro Arnó y Teruel~~ Agapito Zuriaga.

11 Oracion inaugural pronunciada en la apertura de la Universidad literaria de Valladolid en el curso de 1857 á 1858 por D. Manuel de la Cuesta y Cossío.

12 Proyecto de ley de Minería presentado á las Cortes Constituyentes por D. Julian Pellon y Rodriguez = 1855.

13 Discurso pronunciado en la inauguracion del Colegio Médico de Sevilla en 1856 por D. Manuel de Hoyos-Limon.



EL QUIJOTE

PARA TODOS.

EL QUIJOTE

PARA TODOS,

ABREVIADO Y ANOTADO POR UN ENTUSIASTA

DE SU AUTOR

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.



MADRID:

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.

1856.

PRÓLOGO DEL ABREVIADOR.

»Yo apostaré, decia Sancho, que ántes de mucho tiempo no »ha de haber bodegon, venta ni meson ó tienda de barbero, »adonde no ande pintada la historia de nuestras hazañas.» Y como lo dijo así sucedió; pues ya en vida del mismo Cervantes los niños la manosearon, los mozos la leyeron, los hombres la entendieron y los viejos la celebraron. Y desde entonces acá en tales términos ha corrido y ha sido celebrada, que no hay un español que no tenga noticia de la famosísima historia del ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha. Mas si eso es cierto, y si lo es tambien que los viejos la celebran y los hombres la entienden, ¿lo es asimismo que la lean los mozos y la manoseen los niños? ¿se oye que sean los pajes los que más se dén á su lectura, y que no haya antecámara de señor donde no se halle algun D. Quijote; y se habla, por último, de que unos le toman si otros le dejan, de que estos le embisten y aquellos le piden? En vano sería poner en duda que, segun se le traslucia al bachiller Sanson Carrasco, ya no hay nacion ni lengua donde no se haya traducido, y que el moro en su lengua y el cristiano en la suya nos pintan muy al vivo la gallardía del héroe manchego, el ánimo grande en acometer los peligros, la paciencia

en las adversidades, y el sufrimiento, así en las desgrácias como en las heridas. Y á buén seguro que treinta mil volúmenes se han impreso ya de esa historia, y que lleva camino de imprimirse treinta mil veces de millares si el cielo no lo remedia. La historia, pues, del caballero de la Triste Figura es conocida del vulgo, no es extraña á las mujeres, ni la ignoran los niños. Pero ¿la lee hoy el vulgo, se entretienen con ella las mujeres, la hojean y deletrean los niños? ¿Es tan trillada, tan leida y tan sabida de todo género de gentes, que apenas vean algun rocín flaco cuando digan: *allí vá Rocinante?* Para mi santiguada que no. Y ¿debe serlo en el estado de nuestra despreocupacion, de nuestros adelantos y de nuestras costumbres sobre la despreocupacion, los adelantos y las costumbres de los tiempos en que se supone sucedida? Y ¿debe serlo hoy en dia, en que ya no es necesario llevar al escribir puesta la mira en derribar la máquina mal fundada de esos libros de caballerías, aborrecidos de tantos y alabados de muchos más?

Como las cosas humanas no sean eternas, especialmente las vidas de los hombres, y como D. Quijote no tuviese privilegio del cielo para detener el curso de la suya, llegó el fin y acabamiento cuando ménos lo pensaba. Y momentos ántes de su acabamiento, por las misericordias que usó Dios con él, tuvo juicio pleno y libre, sin las sombras caliginosas de la ignorancia que sobre él pusieron los libros de caballerías. Y conociendo sus disparates y embelecos, y no pesándole sino de que ese desengaño hubiese llegado tan tarde que no le dejase tiempo para hacer alguna recompensa leyendo otros libros que fuesen luz del alma, fué enemigo desde entonces de Amadís de Gáula y de toda la infinita caterva de su linaje: le fueron odiosas todas las historias profanas de la andante caballería: conoció su necedad y el peligro en que le pusieron por haberlas leido: y en fin, por la misericordia de Dios, y escarmentado en cabeza propia, de una vez para siempre las abominó, no siendo otro ya su deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros que por las dél mismo iban ya tropezando y habian de caer del todo sin duda alguna. Con efecto, desde que el indomable caballero de los Leones, desde que el valenton del mundo, la flor y la nata de la caballería andantesca, re-

conciliado con Dios y puesto de acuerdo consigo mismo, se divorció de ella, la abominó y la maldijo, ya no hay caballeros que saliendo de su patria, empeñando su hacienda, dejando su regalo y entregándose en los brazos de la fortuna, que los lleve donde más fuere servida, quieran resucitar y volver al mundo la ya muerta andante caballería. Ni hay quienes tropezando aquí, cayendo allí, despeñándose acá y levantándose acullá, cumplan gran parte de su deseo deshaciendo tuertos, socorriendo viudas, amparando doncellas y favoreciendo casadas, huérfanos y pupilos, cuyas valerosas, muchas y cristianas hazañas merezcan andar en estampa en todas las naciones del mundo. Y no solo no los hay, sino que no es merecedora la depravada edad nuestra de gozar tanto bién como el que gozaron las edades donde los caballeros andantes tomaron á su cargo y echaron sobre sus espaldas la defensa de los reinos, el amparo de las doncellas, el castigo de los soberbios y el prémio de los humildes. No hay, pues, hoy ningun hidalgo tan loco que se haga caballero andante, porque todo el mundo vé que ahora no se usa lo que se usaba en aquel tiempo, cuando se dice que andaban por el mundo esos famosos caballeros. Ni se recogen tampoco los segadores en las fiestas, rodeándose más de treinta de uno que lee algunos de esos libros de caballerías, á quien escuchan los demás con tanto gusto que les quita mil canas, y al que quisieran estarle oyendo noches y dias como la mejor lectura del mundo; pues no hay uno que no conozca en estos tiempos que nunca tales caballeros existieron, ni tales hazañas ni disparates en él acontecieron. Buéno fuera que en el ilustrado, descreido, revuelto y bienaventurado siglo del *sonambulismo*, del *movimiento contínuo*, de las *mesas parlantes*, de los *aereonautas* y de los *falansterios* se nos quisiese dar á entender que todo aquello que esos buénos libros dicen no sea disparates y mentiras, siquiera esté impreso con licencia de los señores del Consejo Real, como si ellos *ú otros* no fueran gente que dejáran imprimir tanta mentira junta, tantas batallas, tantos encantamentos, y *tantas otras cien mil cosas más*, que quitan el juicio. ¿En dónde hubo ni hay caballeros andantes? ¿Dónde hay gigantes en España, ó malandrínes en la Mancha, ni Dulcineas encantadas, ni toda la caterva de las simplicidades que en esos libros

se cuentan? Ni nadie tiene ya eso por cierto, ni harán creer otra cosa frailes descalzos. Ántes bien todos creen, como Sancho, que su amo era un loco de atar, y que él no le quedaba en zaga, pues que le seguia y le servía.

Mas porque no ande hoy por el mundo ninguno de esos caballeros que dicen las gentes que á sus aventuras van; porque no se conozca hoy eso de ser caballero andante, que era una cosa que en dos palabras se veía *apaleado* y *emperador*, pues hoy era la más desdichada criatura del mundo, y la más menesterosa, y mañana tenía dos ó tres coroñas de reinos que dar á su escudero; aunque nadie lea hoy los libros de caballerías, ni nadie crea que ha habido en el mundo Amadíses de Gáula ni de Grécia, ni todos los otros caballeros de que las escrituras están llenas; y últimamente, porque la amarga y ociosa lectura de esos libros no turben los ingenios de los discretos y bien nacidos hidalgos, ni vuelvan el juicio á ninguno, trayéndole á términos de que sea forzoso encerrarle en una jaula y llevarle sobre un carro de bueyes, como quien trae ó lleva algun leon ó algun tigre de lugar en lugar para ganar con él dejando que le vean; ¿se ha de decir por eso que la historia del ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha no es hoy digna de un buén entendimiento, y que no puede todavía entretener, enseñar, deleitar y admirar á los más altos ingenios que la leyeren? Eso fuera buéno si aparte del principal intento de deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tenian los libros de caballerías, desacreditando esos mismos libros con ridiculizar á su héroe, haciendo de modo que las acciones y aventuras que en los demás caballeros se representaban sérias y graves surtiesen en D. Quijote un efecto ridículo y terminasen en un éxito jocoso, como dice el docto Pellicer; no encerrase esa historia otros fines sinó tan manifiestos y tan en primer término como el de ridiculizar la caballería y los caballeros andantes, por lo ménos tanto y más verdaderos, tanto y más prácticos y propios para corregir los vicios inherentes á la débil condicion humana. Es un error muy vulgar el de creer que en la novela del Quijote no se trata sino de jayanes, sierpes, endríagos, gigantes, enanos, aventuras, encantamentos, rieptos, batallas, encuentros, golpes, cuchilladas, caballeros, escuderos y damas; no sino de

aquella infinidad de Amadíses y aquella turbamulta de tanto famoso caballero, tanto emperador de Trapisonda, tanto Felixmárte de Hircánia, tantas princesas enamoradas, tanto palafrén, tanta doncella andante, tanto ámor, tanto billete, tanto requiebro, y finalmente, tantas y tan disparatadas cosas como los libros de caballerías contienen: nada de eso, es una preocupacion perjudicialísima y destituida de todo fundamento, como vamos á demostrar.

La caballería era una ciencia que encerraba en sí todas ó las más ciencias del mundo, á causa de que el que las profesaba habia de ser jurisperito para dar á cada uno lo que fuere suyo; habia de ser teólogo para saber dar razon clara y distintamente, adonde quiera que le fuese pedido, de la cristiana ley que profesaba; habia de ser médico, y principalmente herbolario, pará conocer en mitad de los despoblados y desiertos las yerbas que tienen virtud para sanar las heridas; habia de ser astrólogo, para conocer por las estrellas cuántas horas eran pasadas de la noche, y en qué parte y en qué clima del mundo se hallaba; habia de saber las matemáticas, porque á cada paso se le podría ofrecer tener necesidad de ellas. Y descendiendo á otras menudencias, habia de saber nadar, aderezar la silla y el freno, herrar el caballo, y, volviendo á lo de arriba, guardar la fé á Dios y á su dama, y mantener la verdad, aunque le costase la vida el defenderla. Y estando adornado D. Quijote de esa ciencia y de todas esas grandes y mínimas partes de que se componia un buén caballero andante, ese loco tan rematado que no solo creia que su profesion era favorecer y acorrer á los necesitados de este mundo, sino tambien acorrer y ayudar á las ánimas del Purgatorio en el otro; ese desventurado hidalgo que con tanta formalidad creia todas las invenciones y mentiras de los libros de caballerías, solo porque llevaban el estilo y modo de las necedades de esos libros; en todo picaba, en todo metia su cucharada, todo lo sabia, todo lo alcanzaba. Apostaré, decia su sobrina, á que si quisiera ser albañil, que supiera hacer una casa, como una jaula. ¡Quién le oyera la descripcion de la edad dorada, la pintura de la salida del sol, la de los dos ejércitos, y el discurso sobre la conveniencia de andar por todo el mundo como en aprobacion, buscándo las aventuras ántes de ir á la córte de algun

emperador ó monarca, que no le tuviera por un loco cuerdo, por un entreverado loco con lúcidos intérvalos! Y ¿quién que le hubíera oido razonar sobre la poesía con el caballero del Verde Gaban, y quién que hubiera estado atento á los consejos que dió á Sancho Panza cuando fué al gobierno de la ínsula Barataria, no le hubiera tenido sino por persona muy cuerda, de claro y desenfadado entendimiento? En una palabra, fuera de las simplicidades que decia tocantes á su locura, si le hablaban de otras cosas discurria con bonísimas razones y mostraba tener un entendimiento claro y apacible en todo. Razon tenia Sancho para decir que cuando comenzaba su amo á enhilar sentencias y á dar consejos, no solo podia tomar un púlpito en las manos, sino dos en cada dedo, y andarse por esas plazas á qué quieres, boca... No sin fundamento quedó admirado el canónigo de Toledo de los concertados disparates de D. Quijote, y del modo con que habia pintado la aventura del lago. No es de extrañar que á los que le habian escuchado el discurso sobre las armas y las letras les sobreviniese nueva lástima de ver que hombre que al parecer tenia buén entendimiento y buén discurso en todas las cosas que trataba, le hubiese perdido tan rematadamente hablándole de la negra y pizmienta caballería. Ni debe sorprender lo que supone el autor de ese libro, que el emperador de la China le escribió suplicándole que le enviase la famosa historia de su héroe, porque queria fundar un colegio donde se leyese la lengua castellana, y que el libro que se leyéra fuese el de la historia del ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha. Nada de eso debe sorprender, ni mucho más, pues ese ingenioso hidalgo sabía un punto más que el diablo en cuanto pensaba, y en cuanto obraba, era, para decirlo de una vez, un Cid en la guerra, un Ciceron en la elocuencia.

Quede, pues, sentado, que de todo sabian y han de saber los caballeros andantes, y que D. Quijote, como la quinta esencia de ellos, sabía más que desfacer entuertos, vencer endríagos, matar y derribar gigantes. Y conste ya no por razones y cuentos de fingidas historias, sino por cuentos y discursos de historias verdaderas, que el libro que compuso el más original, el mayor y más esclarecido ingenio de la nacion española, Miguel de Cervantes Saavedra, tiende á más que á lo que parece,

pues tiende á corregir en general los vícios de los hombres, y á desterrar las preocupaciones de los pueblos. Y tiende no solo á eso, sino, y más particularmente, á reprender los vícios y á poner como de bulto las preocupaciones de la nacion española; y no ya las preocupaciones y los vícios accidentales y transitorios de la época en que él vivió, sino los esenciales é inherentes al genio y carácter de nuestro pais en todas las vicisitudes de su vida histórica y de pueblo europeo y meridional. Párese, sinó, la consideracion en lo que piensan, dicen y hacen los dos interlocutores principales de esa novela, y se encontrará confirmado en ellos que lo que más caracteriza á nuestro pueblo es ser el *más grave* al par que el *más entusiasta* de Europa. Fíjese la atencion en las dos relaciones opuestas de nobleza y pueblo á que pertenecen y que representan amo y mozo, caballero y escudero, y se verá que abrazan la sociedad española entera con todas las gerarquías y gradaciones que median entre esos dos extremos de la cadena social, retratándose en cada suceso y en cada aventura muy al vivo y con un gran fondo de verdad algo y áun mucho de lo que es nuestra vida meridional, absorta toda en una cierta idealidad perezosa y fantástica, unas veces embebecida en dulces y sabrosas memorias, otras agitada de quiméricos y aéreos pensamientos, y cási nunca ocupada sériamente en lo material de sí misma, en una vida compuesta y refleja de la naturaleza y del espíritu. Y si se repara bien en las personas que hacen papel en ese cuento cómico-satírico, se hallará, por último, que son otros tantos tipos de la sociedad española del tiempo de Cervantes, y que lo son tambien del nuestro, porque son, en suma, los españoles pintados por sí mismos; pero con tal propiedad, verdad y colorido, que el que se busque en él con diligencia y con estudio se encontrará tan semejante y tan parecido á aquellos, que no podrá dudar que el trascurso de tres siglos no há bastado para alterar la fisonomía, el carácter, las costumbres, las preocupaciones y los hábitos del original pueblo español.

Al decir Cervantes que el hidalgo manchego los ratos que estaba ocioso (que eran los más del año) se dedicaba á leer libros de caballerías con tanta aficion y gusto que olvidó casi de todo punto áun la administracion de su hacienda, y al decir lo de

vender una cosa, empeñar otra, malbaratarlas todas, salir de su patria, dejar su regalo y entregarse en los brazos de la fortuna que le llevase donde más fuere servida; pinta la vida ideal, ociosa, vagamunda y aventurera de los hidalgos del tiempo de Cervantes, no siendo tan difícil encontrarse hoy todavía con algunos de esos tipos de raza pura española. Y cuando hace decir á D. Quijote en el altercado con el eclesiástico de casa del duque que si por ventura era asúnto vano ó tiempo mal gastado el que se empleaba en vagar por el mundo satisfaciendo agrávios, enderezando tuertos, castigando insolencias, venciendo gigantes, atropellando vestiglos, siendo enamorado no más de porque es forzoso que los caballeros andantes lo sean, y no de los enamorados viciosos, sino de los platónicos continentes, enderezando siempre sus intenciones á buénos fines, que eran hacer bien á todos y mal á ninguno; dibuja Cervantes de mano maestra el modelo más acabado y más perfecto del noble y enamorado caballero español. En lo de que, segun el estilo de la caballería, es gran honra tener una dama muchos caballeros andantes que la sirvan, sin que se extiendan á más sus pensamientos que á servirla por solo ser ella quien es, sin esperar otro prémio de sus muchos y buénos deseos sino que ella se contente de acetarlos por sus caballeros; y en aquello de que no hay otra cosa en la tierra más honrada ni de más provecho que servir á Dios primeramente y luego á su rey y señor natural, especialmente en el ejercicio de las armas; «y así, oh Sancho, decia D. Quijote, »nuestras obras no han de salir del límite que nos tiene puesto »la religion cristiana que profesamos;» ¿quién no vé como estereotipadas la galantería, la religiosidad y lealtad españolas, tan nunca desmentidas como siempre y justamente celebradas por nacionales y extranjeros? Y sobre todo, en aquél *valgo por ciento* con que replica D. Quijote á Sancho en la aventura de los yangüeses, y en aquel echar mano á su espada y arremeter contra ellos sin pensar en más y sin hacer más discursos, está marcado el punto más alto adonde llega la temeridad, el arrojo y la bravura de los hidalgos españoles.

Y si D. Quijote es el mejor dechado del más cabal y cumplido caballero español, la expresion más genuina de los hidalgos y nobles de su tiempo, y más ó ménos del nuestro; tambien

Sancho, su escudero, es la personificacion más propia de nuestros aldeanos y campesinos, y más verdadera quizá que lo era su amo respecto de los caballeros y de los hidalgos. Porque eso de que le habia dicho una agüela suya que habia dos linajes en el mundo, el tener y el no tener, y que él al del tener se atenia; eso de decir él mismo de sí que era algo malicioso y que tenia sus ciertos asomos de bellaco, pero que todo eso lo encubria la gran capa de la simpleza suya, siempre natural y nunca artificiosa; aquello de no querer buscar á Cardenio en Sierra Morena, porque claro está que si le hallaban y fuese el dueño del dinero, tendria que restituírselo; aquello de llamar á su mujer bestia y mujer de Barrabás, porque decía que queria estorbarle el hacer á su hija condesa, y casarla con quien le diese nietos que se llamasen señoría; lo de sentir que su amo se hiciese arzobispo y no emperador, porque más mercedes podian hacer á sus escuderos los emperadores que los arzobispos andantes; lo del ajuste con su señor D. Quijote sobre los azotes para desencantar á Dulcinea en tanto más cuanto, y lo de la cédula de los tres pollinos, con otras mil y mil ocurrencias é incidentes, es todo tan natural y propio de nuestros aldeanos, caracteriza tan bien esa parte de nuestro pueblo tan servicial, tan sencilla al parecer, tan honrada, mas tan codiciosa, con esa especie de codicia ambiciosa que no se manifiesta con violencia y á las claras, sino encogida y tímidamente; y es tan cierto eso de que en su rústica sencilllez hay sus ciertos asomos de malicia y socarronería, y en el todo de su carácter cierta mezcla de simplicidad y discrecion con sus puntas de agudeza y de donaire; que los que han nacido entre ellos lo saben y lo celebran, que los que les tratan algun tiempo lo notan y gustan de ello, y que á ningun atento observador se encubre ni despinta ese carácter. Demos ya la última pincelada, y que ella retrate lo más gráficamente posible, segun ese libro, el carácter social del pueblo español. Párense mientes en aquel pasaje en que poniéndose á cenar D. Quijote con unos cabreros, y quedándose Sancho en pié para servirle la copa, le dice: «quiero, Sancho, que aquí á »mi lado y en compañía de esta buena gente te sientes, y que »seas una misma cosa conmigo, que soy tu amo y natural se»ñor, y comas de mi plato y bebas por donde yo bebiere, que

»de la caballería andante se puede decir lo mismo que del amor »se dice: que todas las cosas iguala;» y dígase sinó está en él harto bien caracterizado ese espíritu democrático encarnado en nuestra sociedad, en nuestras costumbres, en nuestras antíguas instituciones y en todos los sucesos, así notables como ménos importantes, de nuestra historia. ¿No es ese pasaje una muestra de la union en que han vivido siempre la nobleza y el estado llano entre nosotros, de esa especie de llaneza é igualdad en que han alternado y con que han sido honradas todas las clases y profesiones de nuestra sociedad? ¿No se vé claro el sentido de aquel de nuestros refranes que dice: «haz lo que tu amo te manda y siéntate con él á la mesa?» Y al lado de ese rasgo distintivo de nuestras costumbres, repárese en ese otro no ménos significativo, el de la independéncia del español, al contestar Sancho á su señor: «¡Gran merced! pero sé decirle que como »yo tuviera bien de comer, tan bien y mejor me lo comería »en pié y á mis solas, como sentado á par de un emperador.»

Pero áun hay más. Cuantos estados, ocupaciones y oficios se conocen en una república, cuantos cuadros y escenas de costumbres pasan en nuestra vida meridional, cási otros tantos están pintados en esa novela con admirable maestría é inventiva. ¿Quién no vé en la compañía de los recitantes de Angúlo el Malo que en la octava del *Corpus* habian hecho en un pueblo el auto de las Córtes de la muerte, y por la tarde iban á hacerle en otro lugar, á los cómicos de la legua de nuestros dias? ¿Quién no há visto aún en sus dias procesiones de disciplinantes como aquella de la aventura á que D. Quijote dió felice fin á costa de su sudor? ¿Quién no há oido hablar de luchas algo parecidas, sinó idénticas, á las de los cazalleros, berengeneros, ballenatos, jaboneros y otras como la de los dos pueblos por causa del rebuzno? ¿Quién no há presenciado en la aldea escenas de familia tan originales y tan cómicas como la de la mujer de Sancho Panza y su hija con el paje de la duquesa, el cura y el bachiller Sanson Carrasco; y á quién no han entretenido alguna vez los cuentos y hablillas que en tales ocasiones y con tan plausible motivo en las solanas, hilanderos y velórios se forjan? ¿Qué cortesano no há tomado parte en giras y dias de campo como aquellos á que fué convidado el caballero de la Triste Figura cuando iba

camino de Zaragoza? ¿Quién no há visto algazára y zambra en dia de verbena como la que vió el mismo caballero en la mañana de San Juan á su entrada en Barcelona; y quién, por fin, no há sido convidado á bodas tan ostentosas como las del rico y espléndido Camacho? Y si eso nó, á buén seguro que haya uno que al ver cómo pululan por nuestra coronada villa á cientos y á miles tanto traductor, tanto poetastro y tanto escritorzuelo imberbes, no se haya más de una vez acordado de aquel traductor á quien examinó D. Quijote en Barcelona, de D. Lorenzo, el hijo del caballero del Verde Gaban, y del primo del licenciado. Y así como creemos que háya algunos que tengan por cosa fácil encontrar todavía canónigos tan doctos y tan discretos como el de Toledo, que se propuso nada ménos que volver el juicio al que nunca le habia tenido; así habrá otros que no tengan por imposible encontrar eclesiásticos tan iracundos é intratables como el ayo ó capellan de casa de los duques; y duques tambien burladores, tan tontos como los burlados. Y por si es caso que nosotros hoy no conocemos, lo que es nuestros padres indudablemente conocieron á señorones dè título y grandeza supeditarse víl é infamemente al oro deslumbrador del acaudalado prestamista, tal y dė la misma manera de cómo lo contaba á D. Quijote la maldiciente de Doña Rodriguez. Mas como quiera que eso sea, estamos seguros que no habrá uno que no haya posado en ventas como la que D. Quijotè imaginaba ser castillo; que no haya conocido posaderos tan socarrones y tan taimados como el que le armó andante caballero; ni que no haya regateado con venteras tan deslenguadas como la que arremetió al barbero en demanda de la cola donde su marido acostumbraba colgar el peine. Porque haber oido hablar de agoreros que si se derrama la sal encima de la mesa se les derrama á ellos la melancolía en el corazon; de ermitaños de los que decia Sancho que pocos estaban sin gallinas; de peregrinos que vienen á visitar los santuarios de España como á sus Indias, por la certísima granjería y conocida ganancia que sacan de ella; de titereros que como maese Pedro recorren nuestras poblaciones enseñando el mundo nuevo y los monos sábios; de tahures, barateros y gente perdida, en todo igüal á aquellos de quien se habla en la crónica del gobierno de Sancho Panza; de pordioseros de la manquedad fingida

y de la llaga falsa, en que andan los brazos ladrones y la salud borracha; de ciegos que cantan cantares lascivos y milagros en coplas; de placeras, en fin, tan desvergonzadas, desalmadas y atrevidas, ni más ni ménos de como lo eran las del tiempo del Manco de Lepanto; todo eso y mucho más de puro sabido se calla y por olvidado se tiene. Y de puro sabido se calla y por olvidado se tiene que áun hay en nuestro siglo bandoleros como Roque Guinart, presidarios como Ginés de Pasamonte, sastres tan listos y tan diestros para burlarse de la buena fé de sus parroquianos como el de las monteras, juzgado por Sancho Panza, estudiantes tan tunos y tan burlones como el bachiller Sanson Carrasco, barberos tan habladores, tan entrometidos y tan fisgones como maese Nicolás, médicos alópatas tan antiflogísticos como el doctor Pedro Récio de Tirteafuera, y por último, gobernadores como Panza, majaderos como Sancho, jumentos como el rúcio y rocines como Rocinante. Y si vá á decir verdad, apurando un poco más el caso, y sin que se nos quede nada en el tintero, ¿por qué no hemos de decir tambien que hemos visto y conocemos amores tan platónicos como los del enamorado caballero de la Mancha, enamorados de todos calibres, como Grisóstomo, Cardenio y D. Fernando, mujeres caprichosas como Marcela, antojadizas como Leandra, burladas como Dorotea, contrariadas como Luscinda, criadas de rompe y rasga como Maritornes, doncellas desenvueltas como Altisidora, dueñas remilgadas como Doña Rodriguez, y, por último, señoras que vapulean á sus dueñas por echarlas en la calle el Aranjuez de sus fuentes, como la duquesa? De una sola cosa, cuando más, dudamos, y es de si habrá hoy muchos venteros como aquel en cuya venta mantearon á Sancho, que con la misma formalidad y buena fé que él puedan decir ahora: «aunque ventero, todavía soy cristiano.» Sin embargo, eso no quita que declaremos rotunda y magistralmente que la vida del ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha es todavía un libro de actualidad para los españoles.

Mas ¿para nosotros solos? Pues qué, ¿Cervantes no era más que español y poeta? Si sabia hacer resonar la lira de los infortunios y de los padecimientos humanos de una manera tan elevada y tan digna como dolorida, si acertó á decir que «la vida »humana corre á su fin ligera más que el tiempo, sin esperar

»renovarse sinó es en la otra que no tiene términos que la limi»ten;» si trata de lo que se llama razon de estado y modos de gobierno, y da consejos acertadísimos á los gobernantes; si declara por qué cosas se han de tomar las armas y da avisos muy oportunos al soldado; si habla de linajes; de ser caballero por nacimiento y de serlo por virtud, y hace mérito del grande que fuere vicioso y del rico no liberal; si discurre tan discretamente sobre la hermosura y la mujer hermosa; si dice del gran tiento y particular favor del cielo para acertar en el matrimónio; si da consejos á los padres sobre la crianza, educacion y carrera de sus hijos; si razona sobre los diferentes estados de la vida y acerca de los diferentes fines con que van los hombres en su busca y grandeza; si conoce tan profundamente el corazon humano y enseña tanto acerca del conocimiento del mundo y de los hombres, y de la mejor manera de conducirse con todos; si con un vuelo tan remontado de conceptos y de miras elevadas, con perspicacia, sagacidad y penetracion tan raras todo lo registra y todo lo vé; y por último, si nada huelga en esa admirable fábula, si todo despierta, aviva y hace más avisados y entendidos á los hombres quienquiera que sean, y de donde quiera que fuéren; ¡ah! entonces Cervantes era español y era hombre, era poeta y tambien filósofo: y D. Quijote y Sancho no son ya solos el caballero y el escudero en quien se ridiculiza la caballería y á los caballeros andantes, ni son solo aquellos en quienes se hacen notar las extravagancias y preocupaciones de los de su nacion; sino tambien el sujeto en quien se hacen notar y se corrigen las exageraciones y defectos del hombre en general, limitado de suyo, finito é imperfecto.—«Mire v. m., decia »Sancho á D. Quijote, que aquellos son molinos de viento y no »gigantes; mire que digo que mire bien lo que hace, no sea el »diablo que le engañe.» Y sin atender á nada el entusiasmado caballero, y llevado del buén deseo de quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra, embiste contra el primero molino, y del primer bote va rodando maltrecho por el campo.—«Mira, »Sancho, le decia su amo; no te muestres codicioso, porque en »sabiendo el pueblo y los que te tratan tu ambicion determinada, »por allí te darán batería hasta derribarte en lo profundo de la »perdicion.» Y por no hacer tampoco caso, fué derribado, aco-

ceado y molido. Y maldecia el gobierno de la ínsula y á quien se le habia dado, y pedia que le dejasen volver á su antígua libertad y á su vida pasada, y confesaba, aunque tarde y bien á su pesar, que no habia nacido para gobernar ínsulos ni ínsulas, y que se estaba bien San Pedro en Roma. «Quédense en esta caballeriza, »decia, las alas de la hormiga que me levantaron en el aire para »que me comiesen los vencejos y otros pájaros, y volvámonos á »andar por el suelo con pié llano, que sinó le adornáren zapatos »picados de cordobán, no le faltarán alpargatas toscas de cuer- »da: cada oveja con su pareja: y nadie tienda más la pierna de »cuanto fuére larga la sábana.» De esta manera supo Cervantes castigar en D. Quijote las exageraciones en lo buéno y á buenos fines enderezado, y en su escudero Sancho la inclinacion grosera, animal y baja á los intereses puramente materiales, y á querer salirse de la condicion oscura y humilde en que habia nacido. Y haciendo el retrato del caballero del Verde Gaban en contraposicion al de D. Quijote, de aquel hidalgo más que medianamente rico, que pasaba la vida con su mujer y sus hijos, que tenia hasta seis docenas de libros, cuáles de romance y cuáles de latin, de historia algunos y de devocion otros; que alguna vez comia con sus vecinos y amigos, y muchas los convidaba; que ni gustaba de murmurar, ni consentia que delante de él se murmurase; que oia misa cada dia, repartia de sus bienes con los pobres y procuraba poner en paz á los que sabía que estaban desavenidos; haciendo esto, decimos, y presentando á Sancho besándole los piés con devoto corazon, y cási con lágrimas, por parecerle que era el primer santo á la gineta que habia visto en todos los dias de su vida; redondea el pensamiento y queda acabado el cuadro de lo que debe ser el hombre completo, de aquello á que puede aspirar para hacer el bien y perfeccionarse, libre así de toda exageracion utópica como de todo instinto brutal. Si para concluir este punto hubiéramos de reducir á una síntesis filosófica el pensamiento de ese libro con aplicacion á la vida toda del individuo, habríamos de decir que D. Quijote es el espíritu, Sancho el cuerpo, y el caballero del Verde Gaban el hombre. Y si para concluir del todo nos fuera permitido extender la aplicacion de esa misma síntesis filosófica á la vida toda de la sociedad humana, diríamos que D. Quijote es en embrion como el pro-

totipo de todos los utopistas antiguos y modernos, y su escudero Sancho la personificacion de ese vulgo ignorante, más ambicioso que sencillo, que no entendiendo la parte teórica de los quijútopistas de nuestros dias, ni creyendo en la moralidad de su bello ideal de desfacer tuertos y de derribar endríagos y gigantes, entiende bien lo de realizar la parte práctica de esas predicaciones de nivelacion y de igualdad, haciendo á rio revuelto lo mismo exactamente que aquel; arremeter aquí contra el fraile caido y comenzarle á quitar los hábitos, desbalijar allí una acémila de repuesto de los clérigos que acompañaban al cuerpo muerto, apropiarse allá los aparejos del otro Martino ó Mambrino, y acullá apoderarse de los cien escudos de oro encontrados en Sierra Morena, poniéndole el diablo siempre ante los ojos un talego de doblones de oro, que le parece que á cada paso le toca con la mano, y se abraza con él, y le lleva á su casa, y echa censos, y funda rentas, y vive como un príncipe; y aquí, allí y acullá, en casa de D. Diego de Miranda, en la de los duques y de D. Antonio Moreno pasarlo bien y holgadamente, sin dársele un ardite de su mujer ni de sus hijos. Bien se nos alcanza que así como el gran Newton no previó la aplicacion vastísima que habian de tener con el tiempo sus leyes de la gravitacion universal y de la atraccion; así Cervantes no conoció seguramente todas las deducciones y consecuencias que tiempos adelante podrian sacarse de su D. Quijote. Mas á la manera que no puede negarse la evidencia de aquellas, del mismo modo no puede tampoco ponerse en duda la de estas, ni la conveniencia y oportunidad de leer el Quijote en nuestros dias atentos muy principalmente á esta significacion, la de haber sido tambien ridiculizadas y castigadas en esa novela las excentricidades del uno por sobra de bondad, y el materialismo grosero del otro por falta de virtud. En este sentido y por estas razones es tambien el Quijote un libro europeo, y hasta pudiéramos decir que pertenece en cierto modo á la *humanidad*, si para todos tuviese la misma significacion esa palabra.

Y si á todo lo dicho sobre el fondo de esa obra manifestamos ahora las bellezas de su forma; si decimos que está escrito ese libro con tal primor y galanúra, con una riqueza tal de fantasía, de

originalidad y de inventiva, con una novedad tan grande en los pensamientos, viveza en las descripciones, donosura y chiste en los diálogos, claridad en la expresion, verdad en los conceptos, verosimilitud en los tan variados sucesos de la fábula; en suma, con un encanto y un colorido tan vivos, pero de tanta suavidad, dulzura y grácia que arrebata, embelesa, admira y entretiene quieta y regaladamente á cuantos han recibido del cielo un alma capaz de percibir el gusto de lo armónico y de lo bello; si á todo esto añadimos que el argumento de esa fábula está tan bien ideado, que la manera de dirigirla es tan hábil, tan seguido y tan igual el interés, el efecto tan dramático, tan una la accion principal, tan diferentes, tan impensados, tan nuevos los incidentes y los episodios, el desenlace tan sencillo y tan natural, tan idénticos siempre á sí mismos los interlocutores principales, y por último, que tan naturalmente viene á presentarse todo en la escena, así los hombres como los sucesos, que solo el irlos viendo venir bajo la idea precisa de que es todo pura invencion y fábula, hace que no se tenga por una historia sucedida y verdadera, nada habremos exagerado. Y si, para concluir y dar el último toque á este tosco y desaliñado cuadro, aseverásemos que la riqueza de pensamientos, máximas, sentencias, refránes, dichos y palabras que han hecho fortuna y se repiten por todos, y á cada momento son un tesoro de doctrina y de erudicion popular de que carecen las demás naciones; y que su estilo, su diccion y su acento cadencioso, entonado y músico son una de las galas más preciadas que le adornan; pues el estilo, que recorre todos los tonos, desde el sencillo hasta el sublime, y que es por lo comun claro y correcto, y muchas veces además oratorio, elegante y hermoso, hace que la diccion sea pura, corriente, fluida y copiosa, la frase limpia y propia, la palabra noble y castiza, las cláusulas majestuosas y floridas, y los períodos tan redondos, tan sonoros, tan graves, tan eufónicos y tan pomposos, que suenan al concluir como si dejasen una especie de vibracion musical y armónica en el oido; si dijésemos y nos afirmásemos en todo esto, ¿qué otra cosa hariamos sinó repetir lo mismo que tantas veces han dicho los escritores más distinguidos de nuestra patria y de las naciones todas? Qué importa, pues, que en medio de este gran foco de luz haya algunas ligeras sombras que pa-

rezcan como oscurecerle. Á mia fé que no son pardos nubarrones que nos oculten ese sol, sino átomos imperceptibles de un sol clarísimo, blancas nubecillas cuando más, que nos advierten que así en la materia como en el espíritu nada es puro, nada completamente diáfano y trasparente, porque la inteligencia es escasa, la vida finita, el hombre todo imperfecto en sus obras, limitado en sus elucidaciones. Aquí diéramos fin al juicio que tenemos formado de ese libro, á los elogios que le hemos tan justamente prodigado, sinó fuera que queremos decir, por via de epílogo ó conclusion, que su sátira es tan fina, tan delicada, tan oportuna, tan atenta, tan impersonal y tan superior á toda emulacion y respeto humanos, que está hecha sin hiel y sin amargura, para corregir á muchos, para ilustrar y deleitar á todos, no para mortificar ni ofender á alguno. En el pensamiento, en la forma, en el desenvolvimiento del plan, en el método y en el todo de la invencion y de la composicion reina un gusto tan clásico, tan literario, tan elegante, tan señor, tan aristocrático y tan popular, digámoslo así, como de uno y otro tienen los dos principales interlocutores de esa novela. Y últimamente, está ese libro tan lleno de agudezas, donáires y discreciones, y está escrito tan á la llana, con palabras tan significantes, honestas y bien colocadas, y áun con tal artificio y estilo, que leyéndole el melancólico se mueve á risa, el risueño la acrecienta, el simple no se enfada, el discreto se admira de la invencion, el grave no la desprecia ni el prudente deja de alabarla. Con sobrada razon deberemos ya preguntar: ¿en qué consiste pues que sean tan pocos los que estudien ese libro, que sean muchos ménos los que le sepan de memoria, que algunos más no hagan sino leerle por puro pasatiempo, y que el mayor número ó no le lea, ó si comienza á leerle no tenga paciencia para acabarle? ¿Cómo es que si siguen entendiéndole los hombres y celebrándole los viejos, ni le leen los mozos ni le manosean los niños? ¿Por qué no es hoy esa historia tan trillada, tan leida y tan sabida de todo género de gentes, que apenas vean algun rocín flaco cuando digan: *allí vá Rocinante?* ¡Ah! porque estamos ya algo distantes del tiempo en que se escribió esa historia, y nos interesa más y conocemos mejor la manera de vivir de ahora que la de entonces: porque el vulgo ignorante, en cuyo número debe entrar no

solamente la gente plebeya y humilde, sino todo aquel que no sabe, aunque sea señor y príncipe, sigue creyendo que el Quijote no trata más que de caballerías y caballeros andantes; y finalmente, porque otros tiempos otros gustos tienen, y otros modos requieren. Y mejor que entretenernos en averiguaciones de esos otros gustos y de esos otros modos, pensamos que es preferible indicar y proponer luego los medios para que la lectura del Quijote vuelva á ser, sinó tan popular y comun como lo fué en su tiempo, más de lo que lo es al presente; tanto como lo necesita nuestra lengua, maltratada por el rudo golpe que está sufriendo de hambrientos traductores y de zurcidores de periódicos; y tanto como lo reclama nuestro pueblo, falto de una lectura entretenida é instructiva, puesto que los libros de honesto entretenimiento que deleiten con el lenguaje y admiren y suspendan con la invencion, son muy pocos en España y muchísimos ménos en las demás naciones. Esto nos conduce como por la mano al fin de razonar sobre el pensamiento de esta nueva edicion y acerca de la manera de ejecutarle.

Contribuir por nuestra parte á que se disminuya esa aficion frenética de nuestro siglo por la lectura de novelas inmorales é irreligiosas de folletin, ó si se quiere, de surtido y de propaganda revolucionaria; hacer que nuestra clase media, que nuestros labriegos y artesanos lean algo útil y entretenido, dando de mano á las historias del rústico Bertoldo, de Carlo-Magno y de los doce Pares de Francia, de Oliveros de Castilla y Artús de Algarbe, y hacer que por su menor lectura y su módico precio pueda ser de fácil adquisicion para todos el libro del ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha, en términos de que llegue á ser un libro de faltriquera que alterne con el devocionário y el libro de confesar; es nuestro atrevido, pero bienintencionado pensamiento.

Y callarémos para ello nuestro insignificante nombre: primero, porque al frente de la inmortal obra del Quijote no debe ir ni sonar ningun otro más que el de su esclarecido y celebrado autor: segundo, porque siendo apenas conocido el nuestro como de escritor público, sería acogido este pensamiento cuando ménos con desconfianza: y tercero, porque no teniendo la presuncion de haber acertado en todo, pedimos que se nos advierta y

se nos corrija como entre caballeros y gente, sinó bien nacida, bien educada se acostumbra. Mas como desgraciadamente hasta en las luchas pacíficas de la inteligencia los hombres se van derechamente trás el hombre, en busca de quién es él, y no de qué es y qué vale ello, hemos creido que sinó tomábamos esta determinacion, no conseguiríamos quizá nuestro objeto como sinceramente lo deseamos, ya para que se conserve y se guardé nuestro trabajo, ó ya para purgar con un poco de ruibarbo la demasiada cólera suya y darle término ultramarino, y como se enmendáre así se use con él de misericordía ó de justicia; ó ya, en fin, para que se haga rajas y se queme, y que áun no queden dél las cenizas.

Dicho esto así tan claro, tan sin rodeos y con tanta llaneza, lo primero que se le viene en mientes al discreto lector y que preguntaria, si tuviese delante á su interlocutor, habria de ser: está bien: pero ¿cómo piensa vd. realizar ese atrevido pensamiento? Contestacion: de la misma manera que lo dice el autor de ese libro por boca de su protagonista. Es pues el caso que durante la cena que en la venta cerca de Zaragoza tuvieron D. Juan y D. Gerónimo con D. Quijote, rodó la conversacion sobre la segunda parte dél mismo compuesta por el licenciado Avellaneda. Y como se dijese que el tal Avellaneda habia querido usurpar el nombre de D. Quijote y aniquilar sus hazañas errando y desviándose de la verdad en lo más principal de la historia, dijo D. Juan: «Si fuera posible se habia de mandar »que ninguno fuera osado á tratar de las cosas del gran D. Qui»jote, sinó fuese Cide Hamete su primer autor, bien así como »mandó Alejandro que ninguno fuese osado á retratarle sino »Apeles. *Retráteme el que quisiere, dijo D. Quijote, pero no »me maltrate*; que muchas veces suele caerse la paciencia cuando »la cargan de injurias.» Prévia, pues esta licencia eso es lo que vamos á hacer nosotros. Y de esa única manera y con esa sola condicion, nos hemos obligado para con nos mismo á hacer esta nueva edicion, *retratando á D. Quijote, no maltratándole*. Y si él en vida concedió á quienquiera ese salvoconducto, no creemos que le negára al que hoy se le pidiese atenta y respetuosamente para resucitarle y darle como una nueva vida, y quizá, quizá, quién sabe, tanta ó más duradera y dilatada fama

que la que alcanzó entre sus contemporáneos. Aventuramos más á propósito de la autorizacion para poder retratar á D. Quijote, que á ser consultado el inmortal Cervantes, tenemos por seguro que consentiria en que se sacasen de su asendereado caballero tres retratos diferentes á trueque de hacerle más popular y conocido de lo que lo va siendo en los tiempos que alcanzamos. El primero al natural y de cuerpo entero, como existe hoy y le conserva la real academia de la Lengua, para los que estudian lo que leen: el segundo de cuerpo entero tambien, pero aligerado de todo lo que le impedia moverse libre y desembarazadamente como le damos ahora á luz, para los que solamente leen por gusto y pasatiempo; y el tercero en boceto, digámoslo así, para los que empiezan á deletrear y han de llegar á leer. De esta manera todo nuestro trabajo está reducido á sacar un retrato tan parecido y semejante al original que sea el mismo D. Quijote de la Mancha compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra; pero no puesto sobre Rocinante, afirmado en sus estribos, apretada la espada y bien cubierto de su rodela, ni tal, que puesta la celada y alzada la visera de papelon no pueda comer nada con sus manos si otro no se lo dá, ni beber á no que se horáde una caña, y puesto el un cabo en la boca no le sea echado por el otro el vino; sino en gregüescos, con un manton de escarlata sobre los hombros y una montera de raso verde en la cabeza, todo á la manera de cómo le vistieron, le dieron aguamanos y le enjabonaron las doncellas de la Duquesa. En suma, no armado de punta en blanco, con la lanza en el ristre y en actitud de acometer y derribar endríagos y gigantes, no temeroso, polvoriento, pesado, rígido, duro, inflexible; sino desarmado, límpio, suelto, ligero, vistoso, accesible á los más y amigo de todos.

Con tal prosupuesto, continuando la metáfora y siendo una de las tachas que se pusieron á la historia del D. Quijote en su tiempo, la de que su autor habia puesto en ella la novela del *Curioso impertinente*, y no por mala ni por mal razonada, sino por no ser de aquel lugar, ni tener que ver con la tal historia, la suprimimos por entero, asi como tambien los amores de D. Luis y Doña Clara, los de Cláudia Gerónima y los de Ana Félix; comenzando así por partes á descargar del grave peso de sus armas al

paladin manchego. Y por no ser de aquel lugar ni tener que ver con la tal historia, la segunda mitad del capítulo 6.º que trata del donoso y grande escrutínio que el cura y el barbero hicieron de la librería del ingenioso hidalgo, ni la última parte del capítulo 48 donde el canónigo de Toledo prosigue la materia de los libros de caballerías; pues en aquella el cura y el barbero no ya se ocupan en el escrutínio y expurgo de los tales libros, sino en la censura de varias obras y composiciones en verso de escritores españoles contemporáneos de Cervantes; y en esta el canónigo no trata de censurar los dichos libros ni de dar reglas para su invencion y composicion, sino de las disparatadas comédias que entónces se representaban, y que decian que habian de ser así porque así las queria el vulgo, y que no habian de ser de otra manera; asimismo las suprimimos, para seguir aligerando á D. Quijote de su férrea y pesada armadura. Y porque cuando supo el armado caballero ser moro el autor de su historia, se desconsoló, porque decia que de los moros no se podia esperar verdad alguna, y porque temia que hubiese tratado sus amores con alguna indecencia que redundase en menoscabo y perjuicio de la honestidad de su señora Dulcinea del Toboso; hacemos tambien caso omiso de aquellos como prólogos que sirven de introduccion á varios capítulos, y especialmente al del capítulo 9.º en que se interrumpe á lo mejor, y sin gran efecto dramático la estupenda batalla que el gallardo vizcaino y el valiente manchego tuvieron. Y últimamente, como el traductor español de esa historia, aunque escribió, como no cabe mejor de la poesía en el coloquio que tuvo su D. Quijote con un discreto caballero de la Mancha, y cómo aunque era excelente poeta, no hacia en general buénos versos; por esto y en grácia tambien de la brevedad, suprimimos todos los sonetos que sirven como de principio y fin á la primera parte, los que compuso D. Quijote en Sierra Morena, los desesperados del pastor Grisóstomo, la glosa y el soneto de D. Lorenzo el hijo del caballero del Verde Gaban, y algunos otros ménos conocidos.

Mas no basta esto para descargar á D. Quijote de tanto peso como le abruma y le embaraza. Con lo que le hemos quitado puede ya moverse, comer y beber por sí mismo, mas no puede hacerlo con holgura y ligereza; áun no es accesible á los más,

ni todos querrán disfrutar de su buéna amistad y alegre compañía. Porque á los unos les parecerá que repite demasiado, á los otros que cuenta las cosas muy difusamente, y no faltará alguno á quien le parezca que, rematadamente malo como se dice que es nuestro siglo, no sufre, sin embargo, y hasta le ofenden y ruborizan ciertas pinturas y donáires permitidos en él del hidalgo manchego. Á decir verdad, somos tan impacientes, hemos oido hablar tanto de caminar al vapor, de trasmitirse por los aires la palabra desde Madrid á París, y de París á San Petersbúrgo instantáneamente, en segundos; estamos tan despiertos cuando dormimos, y tan sobresaltados cuando velamos, queremos, en una palabra, ver el fin de las cosas tan pronto, que si leyendo una novela, por ejemplo, se alarga un poco el desenlace con digresiones y episodios, aunque buénos, nos inquietamos, perdemos la paciencia, y arrojamos el libro: ó bien sucede que de hoy á mañana una revolucion nos ha llevado á algunos siglos más lejos del argumento de la novela, ó que un negocio de bolsa nos ha trasportado en horas al otro hemisfério dél en que vivimos, y el enredo y desenlace de la novela no nos interêsan ya, porque nuevos enredos y desenlaces en nosotros, ó en los demás, ó nuevos caminos y rumbos descubiertos en la historia de la *humanidad*, nos han hecho olvidar y dejar hoy lo que pensábamos ayer. Aprovechándonos pues de lo que haya de verdad en esas indicaciones sobre nuestro estado social, y con aplicacion al nuevo D. Quijote, decimos tambien que abreviamos la relacion del cautivo, el episodio de Grisóstomo, el de las bodas de Camacho, y el de Cardenio y Dorotea con todos sus incidentes. Y últimamente, siendo la historia de D. Quijote del más gustoso y ménos perjudicial entretenimiento que hasta ahora se haya visto, porque en toda ella no se descubre ni por semejas una palabra deshonesta ni un pensamiento ménos que católico, puesto que D. Quijote decía que de las cosas obscenas y torpes los pensamientos se han de apartar, cuanto más los ojos; como la que más campeaba de sus virtudes era la honestidad, y como en nuestro siglo no sean honestas y corrientes cosas y palabras que lo eran en él de Cervantes; nos tomamos la libertad de suprimir cuentos como el del capítulo 25, parte primera; de modificar escenas como la de Maritornes con el arriero; y

de sustituir con otras ciertas palabras nada decentes y aún deshonestas. Y tanto esto es más necesario, cuanto que el Quijote es un libro que convida á leerse en sociedad, pues nada más sociable y comunicativo que la alegria, la risa, el humor festivo y decidor. Y tal como existe hoy, dudamos mucho que ningun padre consienta que se lea en familia por via de solaz y pasatiempo.

De esta manera el valiente caballero desarmado, no por aporreado ni vencido sino por falto de sueño, de libertad y de reposo, no será ya temible á nadie, ni sus arreos serán pesados, ni sus armas desusadas por enmohecidas y antíguas, ántes bien correrá con nueva vida por nuestros caminos de hierro, suelto, vistoso, bien humorado, honesto, cortés y discreto; haciéndole muy honrosa compañia su gracioso y fiel escudero Sancho Panza, todo para honra y gloria de Dios y prosperidad de esta monarquía, en mucho pró de las buénas costumbres, con gran estima y ganáncia de la lengua que hablaron Rioja, Cervantes y Granada, para aviso y esparcimiento de sábios, para instruccion, aprovechamiento y recreo de muchísimos más que no lo son. En una palabra, y dejándonos ya de metáforas, tenemos el convencimiento de que prestamos algun servicio á nuestro pais con publicar esta obra, de la manera que lo hacemos. En el prólogo de *Trozos escogidos de los mejores hablistas castellanos* decia el sábio é inolvidable Sr. Lista: «Entre nuestros escritores clá»sicos antíguos solo hay un libro que por su variedad pudiera »fijar la inquietud de la niñez, y es el *Quijote*. Pero este *pre»ciosísimo* libro no está escrito con todo el miramiento y cir»cunspeccion que requiere aquella tierna y respetable edad.» Con las dos ediciones que ahora damos á luz, la una abreviada para los que leen el Quijote por pasatiempo, y la otra aún mas abreviada para los que empiezan á deletrear y han de llegar á leer, ¿habremos salvado ese inconveniente? Sinó lo hemos conseguido, lo hemos intentado al ménos; y sobre todo creemos que al hacerlo no hemos *maltratado, sino retratado al hidalgo manchego*. Porque si orgulloso debe estar todo español de que sea suya la más preciosa joya de la literatura moderna europea, si con respeto debe llegar á ella para no profanarla, y si con fé y entusiasmo debe rendir homenaje á la esclarecida memoria del

autor del *ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha*, su abreviador raya tan alto, como español, en todas esas consideraciones y miramientos, que si pobre y de escaso mérito como es su trabajo llegase no obstante á tener la décima parte de aceptacion quél de su autor, una estátua levantada á Cervantes en la capital de Castilla la Vieja donde vivió algun tiempo pobre y trabajosamente, seria el tributo con que le pagaria lo mucho que ha aprendido en él, y lo muchísimo más que le ha tan agradablemente entretenido. Pero con la misma franqueza dice que si el público imparcial, á cuyo juicio somete sus dos ediciones, si las academias y corporaciones literarias, si los sábios, si todos unánimemente las desaprobasen, sabria aplicarse del mejor modo que pudiére los versos que Cervantes aplicó al escritor fingido y tordesillesco y á cuantos se atrevieren á imitarle en lo sucesivo:

Tate, tate, folloncicos,
de ninguno sea tocada.
porque esta empresa, buén rey,
para mí estaba guardada.

Madrid 30 de Mayo de 1856.
